

Palabras introductorias

Carlos Cañas-Dinarte

La actual cultura salvadoreña encuentra sus raíces en el remoto pasado prehispánico, al que siglos más tarde se sumaron la herencia de la conquista y colonización españolas, así como los tributos culturales dejados por otros pueblos –africanos, europeos y americanos– que recorrieron sus territorios locales y nacional para configurar un pueblo curioso y dinámico, que se debate entre la supervivencia económica, la migración y diversos tipos de violencia.

Junto con tradiciones y costumbres religiosas y gastronómicas, cuyos fundamentos se remontan a las antiguas culturas del maíz –adoradoras del sol, la luna, las fuerzas telúricas, etc.–, El Salvador del presente también evidencia los rumbos constantes a los que decenas de años de migraciones lo han conducido. Así, no resulta extraño que muchas personas no echen de menos los espacios públicos, porque la mentalidad consumista –derivada en gran parte de las remesas familiares recibidas de Estados Unidos y otras partes del mundo– los hayan trocado por enormes centros comerciales y otros espacios privados y cerrados, pequeñas ciudades diseñadas para que la vida transcurra en burbujas de seguridad, mientras la dura realidad existente azota fuera de esos muros.

Sin embargo, esas mismas remesas familiares y esos centros comerciales que han surgido en la última década han configurado un nuevo país, «un nuevo nosotros», como muy bien lo definió el último Informe Nacional de Desarrollo Humano, promovido por la Comisión Nacional de Desarrollo Sostenible y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Y esa nueva configuración nacional entraña la aceptación de que El Salvador actual es un estado transnacional, donde cerca del 25% de su población radica en Estados Unidos, Australia, Canadá, Italia, Suecia, Suiza, Francia y muchas otras naciones de este planeta cada vez más globalizado y mundializado.

Así, la migración ha causado fuertes impactos en el ser, quehacer, sentir y pensar del pueblo salvadoreño. De hecho, los tres mil millones

de dólares anuales que ingresan en el país en concepto de remesas familiares han transformado, de lleno, no sólo las estructuras familiares, sino que han provocado tendencias y nichos de mercado sin precedentes en la cultura nacional, antes tan tradicional y ahora tan llena de elementos globalizados. Si no, ¿cómo podría explicarse la presencia constante de disc-jockeys extranjeros y otros artistas internacionales, quienes acuden a los escenarios salvadoreños atraídos por el dinero circulante y la disposición de la juventud urbana salvadoreña a acudir a largos espectáculos de música electrónica?. Para el caso, la discoteca inglesa *Ministry of the Sound* ha establecido su sede centroamericana en la ciudad capital de San Salvador. Y no lo ha hecho por mera casualidad en esta tierra, cada vez más poblada por surfistas internacionales, que llegan a las costas salvadoreñas atraídos por la creciente fama de las playas de El Zunzal que, según el juicio de los especialistas en la materia, son una de las mejores zonas mundiales para practicar tan soleado deporte.

Esas mismas remesas familiares han provocado fuertes cambios culturales en los territorios locales, en los 262 municipios que son la base más fundamental del Estado nacional salvadoreño. Derivado de ese impacto, muchas poblaciones de la zona rural hoy exhiben rótulos de bienvenida en inglés, sus calles ostentan nombres de personajes extranjeros, sus tiendas venden productos comerciales importados y sus jóvenes hablan spanglish, bailan rap, hip hop, perreo y reggeaton y lucen vestimentas nativas del Bronx o Los Angeles, a la vez que sueñan con llegar a tener 18 años, para así obtener el pasaporte que les permita salir de sus tierras para marcharse hacia el *american life style*, la nueva tierra prometida donde mana leche, miel, panqueques, Nike, Adidas, Fila y donde suenan Sony, BMG y otras compañías discográficas más.

Pero esas mismas remesas familiares también han provocado que muchas compañías financieras y de otros rubros comerciales tengan dinero disponible para invertirlo en diversos aspectos de la sociedad salvadoreña. De hecho, como parte de los crecientes programas de responsabilidad social empresarial, varios bancos del sistema financiero nacional se han dado a la tarea de financiar publicaciones de libros de lujo, de gran valor estético, pero de escasa circulación –no mayor de tres mil ejemplares– y de alto costo para la mayor parte de la población salvadoreña. Desde luego, esfuerzos como esos merecen elogios y felicitaciones, pero lo ideal sería que esos documentos de gran valor his-

tórico, literario, pictórico y cultural en general estuvieran disponibles para mayores números de personas, en alguna de las bibliotecas generales, universitarias escolares existentes.

Dentro de esos mismos lineamientos de responsabilidad social empresarial, algunas empresas aseguradoras han abierto espacios en la ciudad de San Salvador para la exhibición de pinturas, esculturas y otros materiales artísticos. El problema con ello radica en que las posibilidades de acceso a esas muestras de la nueva producción cultural salvadoreña se quedan concentrados en la zona capitalina, sin traspasar las fronteras departamentales y hacer que su presencia llegue hasta poblaciones distantes en los cuatro rumbos cardinales del interior salvadoreño, mucho menos hacia las comunidades salvadoreñas residentes en el extranjero.

En este último sentido, vale la pena destacar los esfuerzos titánicos que han estado desarrollando algunas instituciones privadas y de gobierno por presentar la cultura salvadoreña fuera del territorio nacional, ya que dentro de las fronteras nacionales se cuenta, desde hace algunos años, con escenarios para la proyección artística, conferencias, proyección de películas y demás actividades culturales, áreas que han sido provistas por el Centro de Estudios Brasileños, el Centro Cultural de España, el Centro Cultural de México y otras instituciones de promoción y difusión creadas por diversas misiones diplomáticas acreditadas ante el pueblo y gobierno de la República de El Salvador.

De esa manera, el Museo de Arte de El Salvador (MARTE) –una organización no gubernamental fundada en mayo de 2003 con cerca de dos millones de dólares provistos por lo más granado y selecto de las elites sociales salvadoreñas– se ha trazado planes de trabajo que no sólo han permitido exhibir a Picasso, Rembrandt, Cartier-Bresson y la colección venezolana Cisneros en suelo salvadoreño, sino que se ha lanzado a exhibir una exposición del caricaturista salvadoreño Toño Salazar en salones de París y otros puntos de Europa, como una apuesta de recordatorio de que la cultura de El Salvador tuvo presencia mundial a inicios del siglo XX y que aún puede aspirar a tener presencia en los grandes escenarios globales.

Por otra parte, la entidad gubernamental Viceministerio de Atención a las Comunidades Salvadoreñas en el Exterior ha destinado recursos para exhibir varias muestras itinerantes de fotografía de los paisajes y elementos culturales de El Salvador en muchos escenarios europeos y norteamericanos, como parte de un plan cultural trazado y diseñado

con el propósito de que las personas nacionales residentes fuera de las fronteras patrias no pierdan el contacto con sus raíces, tradiciones, lenguaje y gastronomía. Así, el plan incluye no sólo la producción masiva de afiches y folletos o la de las exposiciones, sino también festivales gastronómicos, discos compactos con música y elementos multimedia de la historia salvadoreña y hasta un juego de grandes dimensiones, una especie de «monopoly» que se juega con un enorme dado y cuyas preguntas para avanzar sólo pueden ser respondidas por personas conocedoras del ser salvadoreño.

Como puede deducirse, en ese «nuevo nosotros» que es El Salvador de inicios del siglo XXI hay una búsqueda constante y un intento de reafirmación de las identidades nacionales y locales, cada vez más amenazadas por los avances de la mundialización y la globalización. Por ello, resulta interesante que muchas asociaciones no gubernamentales, grupos privados y municipios se hayan dado a la tarea de fundar pequeños museos, muchos de los cuales superan sus severas limitaciones presupuestarias y de personal especializado para abordar áreas específicas de la cultura salvadoreña, como ocurre con el Museo de la Ciudad –situado en la cercana ciudad de Santa Tecla, busca evidenciar la historia de esa urbe del departamento de La Libertad a lo largo de sus 150 años de existencia–, el Museo de la Miniatura –diseñado para recopilar, investigar y presentar una visión de las artesanías de barro, elaboradas en la norteña zona de Ilobasco– y el Museo de la Palabra y la Imagen –destinado a ser un gran depósito y centro de investigaciones sobre la guerra civil salvadoreña (1979-1992), así como asiento de los archivos filmicos nacionales y de los acervos documentales de prominentes intelectuales como la feminista Prudencia Ayala, el pintor y escritor Salarrué y el escritor revolucionario Roque Dalton.

Desde fines de la guerra, cuyos acuerdos de paz fueron suscritos en la ciudad de México el 16 de enero de 1992, las zonas urbanas de San Salvador, Santa Ana, San Miguel y otras localidades han visto la consolidación de varios proyectos de universidades, cuyas presencias han contribuido a abrir otros espacios a la cultura salvadoreña, a los que deben sumarse también los abiertos por diversos bares y restaurantes de esas ciudades. De esa manera, el consumo de bebidas y comidas ha sabido ser combinado con exposiciones periódicas de pintura o fotografía, o bien, exhibiciones de música, mimos, teatro y marionetas, que resultan de grato interés para las personas nacionales o extranjeras que se acercan a La Ventana, Photo Café, La Luna, El Atrio u otros espacios más.